

Compilación de
PASCUAL SCARPINO
ORNELLA MARITANO
PAOLA BONAVITTA

Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América



Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América

Compilación de

Pascual Scarpino
Ornella Maritano
Paola Bonavitta

Colecciones
del CIFYH 

Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América / Adriana Amparo Guzmán Arroyo... [et al.]; compilación de Paola Bonavitta; Ornella Maritano; Pascual Scarpino; prólogo de Eli Bartra; Mariana Palmero. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1645-0

1. Feminismo. I. Guzmán Arroyo, Adriana Amparo. II. Bonavitta, Paola, comp. III. Maritano, Ornella, comp. IV. Scarpino, Pascual, comp. V. Bartra, Eli, prolog. VI. Palmero, Mariana, prolog. CDD 305.4201

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: *Collage* realizado por María Cecilia Johnson

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Donde habita la esperanza

Prólogo por Mariana Palmero*

*Entonces, sostenidos por lo que hemos heredado del pasado
y lo que atestiguamos, tendremos el coraje de resistir y de
continuar resistiendo en circunstancias inimaginables. Apre-
ndemos a esperar en la solidaridad.*

John Berger. Confabulaciones

Cuando me convidaron a poner palabras a las palabras dichas por otros compañeros que desde su hacer y su pensar intentan con lucidez y amor trazar nuevos marcos desde los que pensarnos en estos tiempos, sentí una gran responsabilidad y, a la vez, una gran alegría porque creo que estamos alumbrando justamente eso: unas maneras otras de nombrarnos, de decirnos, de mirarnos y explicarnos. Y son justamente esas nuevas palabras una oportunidad también para seguir imaginando nuevos recorridos para transitar esta lucha que abrazamos.

Nuevas/otras palabras para una lucha que abraza reclamos ancestrales y nuevos/otros reclamos, esas demandas que vamos tejiendo a medida que nuestros cuerpos despertaron del letargo opresor. Porque el poder del yugo aún retumba en el silencio impuesto y en la imposibilidad de encontrar palabras para nombrarnos. Es desde esa imposibilidad –que se torna posible a fuerza de militancias– que la palabra se hace cuerpo y nos toma, que la palabra nace para nombrarnos de múltiples maneras. Decir la opresión, gritarla y exponerla es una estrategia de visibilidad, pero también es una acción política porque esa palabra dicha irrumpe en la escena pública y se multiplica.

Cuando el movimiento Ni Una Menos¹ se coló en la agenda mediática y política en el punto más austral de Nuestra América fue justamente la

¹ Ni Una Menos surge como consigna de lucha en el año 2015 en Argentina. A partir de una serie de femicidios que adquieren resonancia pública distintos grupos de mujeres – algunas sin experiencia de militancia feminista– comenzaron a movilizarse y visibilizar las situaciones de violencia de género que atravesaban las mujeres en el país. Se realizaron a partir de ese año masivas manifestaciones públicas y callejeras. El movimiento fue consolidándose en dis-

* Colectivo Ni una Menos Córdoba- Docente Facultad de Ciencias de la Comunicación y Fc. de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba.

palabra la que ganó la calle. A fuerza de palabras salimos a expresarnos, a denunciar la expresión más aberrante de la violencia machista: los femicidios. Hablamos de femicidios cuando la prensa aún los nombraba como “crímenes pasionales”. Fue esa lucha la que instaló el término, una expresión acuñada en la academia para hablar de aquellos crímenes ejercidos contra los cuerpos de las mujeres para disciplinarlos, para hacernos saber que la norma patriarcal era la rectora de nuestras decisiones y nuestras vidas. Hablamos de femicidio como un problema social y político, como un emergente de un sistema desigual y sanguinario. “Vivas, libres y deseantes nos queremos”, dijimos. Hicimos tendencia esa frase, la pintamos con colores en las paredes de todos los rincones del país, la llevaron nuestras hijas como bandera.

Pero, ¿quiénes? ¿De quiénes hablábamos? ¿Por qué cuerpos nos movilizamos? ¿Cuáles eran esos cuerpos que importaban? Porque salimos a la calle para denunciar crímenes cometidos contra mujeres, para decir que no eran un problema de seguridad pública sino un problema social nombrado por la letra hegemónica como un problema individual. Pero hablábamos de mujeres. Y en ese camino fuimos – fui, puedo decir si me permiten la primera persona- entendiendo que la violencia no se ejercía sólo sobre nuestros cuerpos sino también sobre el de aquellas y aquellos que se animaron a llamarse de otro modo, sobre aquellas y aquellos que contravinieron la heteronorma. Me refiero a los colectivos de las disidencias: trans, travestis, lesbianas, no binaries y bisexuales. Vinieron a decirnos: señoras, señoritas, nosotros hemos sido violentados porque se nos ha negado la posibilidad de ejercer nuestro derecho a ser. Nuestros cuerpos también importan porque si a ustedes las han relegado a nosotros nos han relegado aún más. Como dice Ivanna Aguilera con Adriana Guzmán inaugurando este libro: hay aún una brecha de desigualdad con las compañeras heterocis. Falta todavía una multitud movilizada para reclamar por todas, todos y todes, y que el reclamo no sea solamente retórica. Es por eso que me esperanza pensar que estamos caminando a la par, abrazando y dejándonos abrazar por el deseo de construir un movimiento transfeminista. Aquí la pregunta de Adriana Guzmán sobre ¿cuándo hay

tintos grupos de militancia. A partir de la incidencia pública de este movimiento se instaló en la agenda mediática y política la cuestión de las violencias de género. En el período 2015/2020 en Argentina se impulsaron políticas públicas orientadas a erradicar las violencias. Desde 2020 se crea en el ámbito del Poder Ejecutivo un Ministerio específico.

movimiento feminista y cuándo son organizaciones y colectivo intentando hacer movimiento?

Esta pregunta inicial permite poner de relieve, por un lado, el sentido de las experiencias que en distintos territorios de nuestro continente están hoy buscando las maneras de tejer redes capaces de demandar a los Estados la consagración de derechos negados. Ahí los textos escritos por Amaral Arévalo, Desirée Pires- Amanda Motta Castro, Juan Cornejo y Luisa Fernanda Muñoz Rodríguez nos acercan una fotografía de esas luchas en los hermanos países de El Salvador, Brasil, Chile y Colombia. Estamos hablando de derechos civiles y sociales todavía relegados y solo legitimados para ciertos sectores y ciertos grupos sociales. Perversa operación metonímica es la de este sistema que nos deja dormir tranquilos a algunos porque creemos que eso ya está todo saldado. Pero no, hay todavía un abismo que separa a muchos del ejercicio pleno de esos derechos en el vasto territorio de nuestro continente.

Por otro lado, preguntarnos por la potencia y la existencia de un *movimiento* o de *movimientos* nos exige poner en tensión el peso de nuestras reivindicaciones cuando el reconocimiento se alcanza, cuando hay Estados que recogen esas demandas y nos la devuelven empaquetadas en un texto con fuerza de ley o en un organismo gubernamental que impulse políticas públicas y programas de gestión, hacia donde orientamos nuestra lucha, ¿la depositamos ahí, bajo el brazo de los Estados? ¿Es el Estado el único capaz de accionar la palanca de las transformaciones que deseamos para nosotres, para nuestras vidas y las de las generaciones que nos precederán? No podría – no quiero tampoco- animar respuestas concluyentes. Más bien me atrevo a buscar nuevas preguntas que alumbren nuevos mapas que permitan cartografiar nuevos territorios.

Ahora bien, ¿dónde buscar/ diseñar esas nuevas preguntas? Los lugares y territorios son variados. A partir de los textos que comparten Andrea A. Benavidez- Valeria B. Gili Diez, Elba Núñez- Sara López y Jimena de Garay Hernández - Marcio Rodrigo Vale Caetano encuentro una invitación a pensar los centros de producción de conocimiento legitimado –las universidades- como aquellos territorios en donde hay que dar una disputa porque son espacios en donde la producción del saber y el conocimiento ha estado signado por un modelo científico androcéntrico con pretensión de objetividad y neutralidad. Este modo de conocer ha sido el que por siglos ha configurado temas y problemas de conocimiento.

En estos centros se forjó una mirada del mundo sostenida además por teorías producidas en los países *centrales* reduciendo de este modo la comprensión del mundo a una comprensión *occidental y europea del mundo*. Esta matriz, producida al decir de Boaventura De Sousa Santos por una racionalidad indolente, naturaliza las desigualdades, postula explicaciones dicotómicas y binarias y tiene pretensión de explicaciones totalizantes. Es como si la universidad como territorio quedase fuera de las relaciones sociales de su tiempo en tanto su producción científica no permite dar cuenta de prácticas y experiencias que exceden la extensión de las preguntas que en los claustros se formulan.

Es por ello que esta acción de mirar cómo estamos construyendo conocimiento desde estos ámbitos pone en perspectiva también la necesidad de revisar quién/quienes son los que enuncian, porque allí se juega el poder heteropatriarcal. Poder que no solo se despliega en el modo de construir saberes sino también en violencias concretas y solapadas de las que mujeres y disidencias somos objeto al interior de ese territorio. Denunciar, visibilizar y aportar explicaciones sobre esas prácticas es también una tarea que abrazamos porque gozan de buena salud todavía los modos de ejercicio de poder en las aulas y las prácticas pedagógicas que reproducen relaciones verticales y desiguales.

Es doble entonces el desafío, por un lado, reconocer las relaciones de poder que amparan y se amparan en miradas totalizadoras y opresivas y, por otro, construir nuevos marcos interpretativos que visibilicen las disidencias, la diversidad, lo no dicho. Nos queda entonces construir marcos interpretativos que convoquen a dimensiones excluidas en esos territorios. Si pudiésemos tocar la puerta de esos claustros o escribir en sus muros un buen graffiti diría algo así como *“tu modo de conocer me invisibiliza y quiero transformarlo”*.

Hay un posicionamiento militante en esta mirada porque no se trata solo de construir nuevas preguntas y abrir la puerta a nuevas lecturas. Es también situarnos en la encrucijada de postular la necesidad de validar como conocimiento y categorías cognoscibles a lo históricamente excluido. Es aquí donde los textos que me convidan las compañeras y que integran el Capítulo 3 de este libro, van hilando fino para tejer después una trama de nociones y conceptos que están latiendo cada vez con más fuerza porque están vivos. Me gustó pensarlos así: produciendo y dando vida. Si se acercan un poco creo que los sentimos, estoy segura.

Es así que nos encontramos con textos que hacen de la corporalidad, del cuerpo, de los cuerpos que habitamos, de esos cuerpos completados y experimentados a partir de disciplinamientos impuestos socialmente, un lugar valioso y necesario para nombrar y relatar las experiencias. Nombrar, como dicen Gabriela Bard Wigdor y Gabriela Artazo, desde el cuerpo y poniendo ese cuerpo en la escritura, el peso de las estructuras excluyentes de la vida cotidiana. Tremendo ejercicio que bajo la lente de las epistemologías hegemónicas y androcéntricas quedaría excluido de cualquier pretensión de verdad porque es justamente esta mirada la que este escrito tensiona y cuestiona. Vivimos y habitamos cuerpos marcados por las intersecciones de clase, género y racialidad sometidos cotidianamente a la violencia de ser instrumentados y asimilados a la *blanquitud* masculina que ostenta poder y determina “cómo deben ser las cosas”.

Ese “deber ser” de las cosas se sostiene en una ética que no se conmueve, que indica con pretensión de transparencia lo que es bueno o malo, lo alcanzable y deseable. Esta ética nos permite sentirnos incómodos ante las injusticias del mundo pero no nos exime de la trampa de levantar el dedo para indicar cuál sería la solución posible o al menos su interpretación. Es justamente esa ética a la que tenemos que interrogar si pretendemos aprender a mirar de otra manera, a escribir historias de otro modo y correr nosotres mismos del centro de las preguntas y de las soluciones emancipatorias.

Es justamente esta la invitación del texto de Sofía Soria, Pascual Scarpino, Lucía Bertona y Exequiel Torres. Les autores se interrogan por la posibilidad de una/otra ética de lo común, una ética que zigzaguee entre el malestar y la potencia de las transformaciones por venir, que no anticipa sino que construye un aquí y un ahora, junto a otros, en el encuentro y en el acompañamiento. Una ética que nos disponga a la conmoción, que se conmueva con la devastación de este mundo agotado pero que a la vez nos encuentre abrazados en la necesidad de restituir la experiencia de nuestros cuerpos junto a otros cuerpos para acompañarnos en la construcción de otro/ común, aún en estos tiempos. No se trata de trazar utopías sino de habitar este tiempo y construir con otros historias, no grandes relatos sino relatos en marcha y con final incierto, pero imaginando algunos posibles y concretos.

Por otro lado, hablar de *lo común* me remite a algunas definiciones medio apresuradas que ofrecemos a veces quiénes transitamos espacios

de militancia feminista cuando se nos interroga por la “heterogeneidad del movimiento” (no es textual, pero más o menos la intención de algunas preguntas tiene ese efecto). Decimos a veces que hay diferencias pero hay acuerdos comunes, que discrepamos con algunas caracterizaciones contextuales pero que hay acuerdos básicos. Es posible y es hasta razonable; no obstante, esa operación niega las tensiones, incomodidades y desacuerdos que están presentes en el movimiento. Traigo este comentario porque quizás esa ilusión de totalidad incólume está sostenida por lo que Eugenia Hermida y Yanina Roldán denominan *sentido común feminista*, un sentido construido por un relato lineal de la lucha de las mujeres y las disidencias que invisibiliza la historia de las luchas de las ancestras de nuestros territorios, unas luchas no escritas ni descritas por la academia, luchas cuyos fragmentos perviven en las memorias transmitidas de abuelas a madres, de madres a hijas, a hermanas, a vecinas. Luchas que hicieron de lo común el sentido. Lo común entonces como expresión de lo compartido simbólica y materialmente en comunidad, lo común como lo situado y contextual, lo común como el encuentro para tomar decisiones colectivas. Encontrarnos y reconocernos parte para acompañarnos y tomar decisiones colectivas. Ahí radica la potencia de lo común.

Lo epistemológico es político, podríamos decir parafraseando la proclama que se desprendió de la tesis doctoral de Kate Millet en 1969, para acercarnos a la lectura de los textos que cierran esta publicación. Porque estos textos nos demandan una revisión urgente no sólo de las preguntas, las nociones, los marcos interpretativos consolidados sino también la implicancia de quien conoce con aquello que pretende describir, explicar, comprender. Hay en los textos que componen el último tramo de este libro, una polifonía de voces que resulta del diálogo de quienes escriben y de aquellas que conceden ser escritas. Hay una escritura que repone la voz de quienes comparten su experiencia porque hay una mirada y una escucha atenta, porque quienes nos convidan las voces lo hacen poniendo en cuestión sus privilegios relativos, su posición enunciativa, su mirada. De este modo, el texto de Mariana Alvarado y Carla Daniela Rosales comparten un relato sobre algunas historias de vida de mujeres puesteras rurales huarpes. Esas historias son el relato de vidas singulares que expresan las desigualdades estructurales y es justamente la escucha atenta de las autoras, esa escucha que van *rumiando*, la que les permite trazar una relación entre capitalismo, colonialismo, patriarcado y heteronormatividad y arti-

cular algunos interrogantes desde los que construyen algunas reflexiones sobre las posiciones de privilegios entre mujeres, sobre la falacia que enmascara la categoría mujer despojada de otras categorías que la atraviesan como la clase, la raza, entre otras. Hay una materialidad que cruza la categoría de género y hay que reponerla para desnaturalizar formas de vida dominantes, esas pautas estandarizadas por la cultura capitalista. Hogar, familia, sexualidad, tiempos de ocio, cuidados, placer, deseo, cotidianidad ¿hay un modo único de transitarlas y pensarlas?

De nuevo la invitación a pensarnos desde una ética de la incomodidad, de lo otro/común. Este diálogo se inscribe en esta ética, escribir otro relato y validar esos relatos como un conocimiento legítimo con valor comprensivo a la vez que emocional. Porque cambiar los modos de construir conocimiento implica, desde el feminismo, dejar pasar también aquello que fue excluido de la academia: las emociones, los sentires, los encuentros y las escuchas.

“Nos sostienen las redes feministas”, dijimos cuando la pandemia nos siguió mostrando la cara de la violencia patriarcal. Fueron tiempos en donde el territorio doméstico – aún el más privilegiado- se volvió hostil en muchos casos, el trabajo precarizado lo fue aún más, el acceso a la salud reproductiva un privilegio de clase, por citar algunos tópicos que fueron objeto de diálogos, intercambios y pedidos de auxilio también. Hubo, sin embargo, un tema que comenzó a instalarse la agenda de reivindicaciones de ciertos sectores del movimiento feminista. Digo ciertos sectores porque a la luz de las lecturas que traman este texto tengo la necesidad de, al menos, problematizarme, poner en cuestión algo que pienso debería ser objeto no solo de visibilización sino también de intervención desde las políticas públicas. Me refiero a lo que reconocemos como *tareas de cuidado*.

Es trabajo no pago, dice Silvia Federici e indica que es el servicio más esencial que hay en el mundo. Con esta definición podemos seguro ir a dar una ponencia al Congreso de la Nación y justificar la necesidad de la sanción de leyes que la contemplen. Pero sería oportuno sumar a esa intervención el trabajo que desarrollan Cecilia Johnson, Cecilia Marotta y Paola Bonavitta en una apuesta hermosa y rigurosa por construir desde las narrativas una epistemología afectiva. En clave de autoetnografía las autoras recurren al lenguaje verbal y visual para dar cuenta de su registro y sentir sobre el ser cuidadas y cuidar.

Las narraciones como material para responder preguntas para trazar mapas sobre los cuidados, reconocer la división patriarcal del trabajo, de los trabajos, entre mujeres, entre géneros y generaciones, en contextos sociales e históricos diversos. La estrategia metodológica de los microrrelatos para cuestionar aquellas ficciones sobre los cuidados, esas miradas romantizadas, edulcoradas a veces y que reproducimos en los espacios que habitamos. Imposible leer estos relatos y no encontrarse en algunos trazos, imposible no evocar a las manos que nos abrigaron, que nos limpiaron los mocos, imposible no recordar la sensación de cuerpo cansado pero de pie ante les hijes recién nacides demandando alimentos. Lo personal es político, lo íntimo está configurado y atravesado por relatos estructurales, por imaginarios sociales que reproducen desigualdad pero también está tejido por aquellos saberes y sentires de quienes nos cuidaron, quienes trabajaron para asegurar nuestra sobrevivencia. Está atravesado por una afectividad y una experiencia de la cercanía con aquellas cuerpos que nos sostuvieron y acompañaron, porque antes hubo otras que sostuvieron y acompañaron.

Me pregunto con las autoras ¿qué estamos haciendo con y por los cuidados? ¿Cómo desarmar las condiciones opresivas en las que estos trabajos se llevan a cabo? Ahí vuelvo al principio de este escrito: ¿dónde depositar nuestra esperanza? En la potencia de poder mirarnos, escucharnos, encontrarnos. En la necesidad de reconocernos privilegiadas en algunos contextos, oprimidas en otros. En el desafío de construir desde los ámbitos de consolidación de saberes, marcos interpretativos que pongan en perspectiva la desigualdad y las violencias asumiendo la inestabilidad de nuestras categorías, la contingencia y situacionalidad de las nociones que construimos. En la urgencia de reconocer los términos desde los que hemos sido pensadas y definidas para desarmarlos y estallarlos. En la urgencia de construir el relato de luchas pero también en la posibilidad de tramitar esos relatos desde la corporalidad, la afectividad y la amorosidad. La construcción de una política feminista, transfeminista de este Sur que nos hermana, puede tejerse desde la épica que colecciona nombres, fechas y heroínas. Pero puede, y he aquí la esperanza, escribirse desde una narrativa de lo común, lo colectivo y lo amoroso.

